

palabra, él la hubiese atraído hácia sí y estrechado en sus brazos, enardecióse mas al ver que se le rehusaba el derecho de sacrificarse.

—Sois el primer hombre que ha hecho latir mi corazón, exclamó ella aproximándose á Luciano, y mi corazón jamás latirá por otro hombre, os lo juro.

Sois también el único, y advertid que no cuento al señor de Sery, pues ese es un enfermo y un anciano, sois también el único, digo, que sabiendo que carezco de dote, me habeis amado lo bastante para querer casar conmigo.

¿Por qué, pues, no me he de inmolar por vos?

El mundo me despreciará; lo sé.

Mas ¿qué me importa su desprecio, si soy feliz!

—Nó, replicó él, nó; yo no tengo el derecho de deshonraros porque me amais y yo os amo.

No puedo; diré mas, no debo aceptar tal sacrificio.

—¿Os asustá quizá?

—Por vos, sí, lo confieso.

—Y por vos también. Teneis miedo al escándalo.

—No había pensado en ello, repuso él con firmeza; solo pensaba en vos; pero ya que me lo haceis presente, sí; le tengo miedo al escándalo, que causaría tanta pena á mi madre, como mi desobediencia á sus órdenes.

—Siendo así, todo acabó. ¿Debemos renunciar uno á otro?

—No tal; las resoluciones de mi madre pueden modificarse tal vez. Esperaré.

—¿Esperareis? preguntó ella, como si las palabras de Luciano la fortificasen en una idea que tenía preconcebida.

—Sí, dijo él sin titubear.

—¿Estais decidido á no casaros con otra que yo?

—Completamente decidido, suceda lo que quiera.

—¿Sucedá lo que quiera! replicó ella pensativa.

Tras una breve pausa, repuso:

—¿Me esperareis durante tres años?

—Sí.

—¿Me lo jurais?

—Os lo juro.

—¿Por qué?

—Por mi honor. No conozco otro juramento.

—¡Está bien! Me basta. Tengo fé en vos.

Y se separaron.

El día siguiente al en que tuvo lugar esta conversacion, recibió Luciano una carta de uno de sus parientes, consejero del Tribunal Supremo, que le instaba á solicitar inmediatamente unos días de licencia y á ir á pasarlos á París.

Tratábase de presentar el jóven sustituto al nuevo guardasellos con quien el consejero estaba en muy buenas relaciones.

Partió Luciano sin vacilar.

Sentía, en aquellos momentos, necesidad de movimiento, de distraccion, y estaba contentísimo de tener un pretexto para ausentarse de Nantes por algun tiempo.

Cuando regresó, dos meses despues, la primera persona con quien tropezó en la estacion fué Desvignes.

—¿No habeis estado poco tiempo ausente! dijo este.

—El ministro me encargó un trabajo que me ha sido preciso ultimar antes de salir de París.

—¡Enhorabuena! Y decidme ¿qué noticias nos traeis de la gran ciudad?

—Las que podeis haber leído esta mañana en los periódicos. Nada mas. Y por acá ¿qué ocurre de nuevo?

—Nada. Todos nos fastidiamos, como de costumbre, y á las mismas horas.

Por únicas distracciones, durante estos dos meses, hemos tenido dos bailes y un matrimonio.

—¿Un matrimonio! ¿Cuál?

—¡Pardiez! ¡demasiado lo sabeis! ¡no se habrán descuidado de participároslo!

—Únicamente me ha escrito mi madre, y no me habla de ningún matrimonio.

—¡Ah! ¡es posible! ¡con qué á mí me estaba reservado el daros la gran noticia! ¡pues bien; querido! cuando á las mujeres se les mete entre ceja y ceja el querer casarle á uno, siempre se salen con la suya. Mi mujer ha triunfado.

—¿Cómo?

—Casando á su protegido, el señor de Sery.

—¿Con quién?

—Con la que amaba, escusado es decirlo; con la señorita Diana Berard... pero ¿qué teneis? ¡os habeis puesto pálido!... ¡cualquiera diria que os va á dar algo!

—No es nada, dijo Luciano poniéndose sobre sí, gracias á un titánico esfuerzo de voluntad.

El viaje me ha fatigado escesivamente, y no he tomado un bocado siquiera desde París.

* —¡Tanto direis!... ¡Y yo, que os entretengó para contaros historias que nada os importan! Venid, querido, venid, tengo el coche en el muelle, voy á llevaros á vuestros lares.

Luciano aceptó, y mientras el carruaje les conducia al boulevard Delorme, Desvignes, continuando en el uso de la palabra, con su ordinaria locuacidad, decia:

—Á deciros verdad, me ha cargado sobremanera el ver á mi mujer ocuparse de tal matrimonio.

Á un enfermo, como lo está el señor de Sery, no se le casa. Por mas que se empeñe en lo contrario mi mujer, el pobre señor está tísico, tísico hasta la médula de los huesos.

Con un régimen ejemplar y una no interrumpida série de cuidados, tal vez hubiera conseguido el de Sery prolongar su existencia algunos años.

Pero no es para cuidarse por lo que se casa uno con una mujer jóven y linda, como la señorita Berard.

Apuesto á que no resiste ni siquiera dos años, y, muy en breve, la mujer de fuego será un famoso partido, por cuanto de Sery le ha otorgado un dote considerable, y eso sin contar con que, si ella sabe arreglárselas, le dejará su fortuna entera.

Habian llegado al boulevard Delorme, y se despidieron.

Luciano acababa de comprender la frase pronunciada por Diana en su última entrevista con él.

¿Me jurais esperarme durante tres años, suceda lo que quiera?

Él lo habia jurado.

Al siguiente dia de su regreso á Nantes, d' Aubier, despues de haber llenado varias visitas oficiales, volvió á emprender sus habituales tareas.

.....
A la orilla izquierda del Loire, á diez leguas de Nantes y á seis kilómetros de Païmbauf, levántase el castillo de la Sauvi-niere, propiedad de los Sery desde há mas de un siglo.

Comenzada su construccion, segun se presume, bajo el reinado de Enrique IV, y terminada bajo el de Luis XIII, ha debido edificarse sobre los cimientos de un antiguo dominio feudal, cuya existencia atestigua todavía un viejo torreón guarnido de sus buhardas, y tapizado, por el tiempo, de yedra y madre-selva.

Constituyen el edificio dos pisos, cubiertos por vastos tejados y elevadas chimeneas en que la piedra y el ladrillo se combinan acertadamente, como en todo el resto del casar.

En medio de las dos fachadas de las que una mira al Loire y la otra á la campiña, lucen su esbeltez dos artísticas graderías circuidas de barandillas de hierro forjado, de admirable labor, que conducen á los parterres.

Estos forman en torno del edificio una vasta galería rodeada

en toda su estension por profundos fosos que se atraviesan por medio de un puente fijo, basado sobre el sitio que ocupaba el antiguo puente levadizo, y apoyado contra el viejo torreón.

Grandes praderas, cortadas á intervalos por grupos de arbolillos, empiezan en el foso y bajan hasta el Loire, en tanto que por la parte posterior se estiende un espeso bosque, verdadera selva plantada de encinas, de hayas y de abetos.

Praderas, bosque y selva, en una estension de cien hectáreas, dependen del dominio de la Sauviniere y constituyen una propiedad de gran rendimiento.

Un castillo tan pintoresco, tan admirablemente situado y casi histórico, porque si damos crédito á la crónica, habria pertenecido á la mujer de Renato de Rohan, Isabel d' Albret, hija del rey de Navarra, abuela de Enrique IV, debia inspirar á los que lo habitaban el deseo de mantenerlo en perpétuo estado de conservacion, y de hermosearlo en lo posible.

Sin embargo, el señor de Sery enfermo, desalentado, sin familia, sin heredero directo á quien legar la Sauviniere, no se tomaba por su mejora, desde hacia largo tiempo, ningun cuidado, y la magnífica propiedad iba decayendo de dia en dia, cuando Diana Berard vino á morar allí desde el dia siguiente al de su matrimonio.

—Quiero vivir aquí, lejos del mundo, en un retiro absoluto, dijo ella á su marido ¿os conviene mi plan?

¡Que si le convenia!

¡Pero si era éste su ensueño, su mas ardiente deseo!

¡Cómo!

En el momento en que temia que Diana abrigase la intencion de hacerle llevar una existencia andariega y mundana, tan contraria á su edad y sus gustos, cuando se disponia á sufrir esas mil y una dolorosas punzadas reservadas á los hombres asaz imprudentes para casarse á los cincuenta años con una mujer jóven y linda, esta le proponia vivir en una posesion

donde él habia nacido, por la que sentia vivo cariño, y allí vivir sola con él, lejos de importunos y de seductores.

Nunca osara esperar tanta dicha, y anticipándose á los deseos de Diana dióle plenos poderes para devolver á la Sauviniere su antiguo esplendor.

No perdió un momento Diana.

Hubiérase dicho que de Sery le habia legado en testamento su castillo y que esperaba llegar á ser, en breve, su única propietaria.

Llamóse á un sinnúmero de artistas y operarios en todos géneros, quienes, guiados por Diana, pusieron al momento en obra.

Demasiado inteligente para pretender cambiar cosa alguna en las disposiciones exteriores del edificio, contentóse ordenando trabajos en el interior, destinados á dotar á las habitaciones del lujo y confortante de que carecian.

Hizo repintar, como antes lo estaban, los techos del piso bajo, en vigas aparentes, y revestir las paredes con grandes tapicerías antiguas, todavía esplendentes de color, compradas en una subasta que se celebró en aquella época, en un castillo vecino, denominado: Plessis-Mareil.

El saloncito de confianza del piso principal, donde ella pensaba morar habitualmente, fue cubierto de tapices de Beauvais y encargó á un verdadero artista que representara, encima de las puertas y en los techos de su dormitorio, asuntos galantes, á la manera de Lancret y de Watteau.

Un delicioso entrepaño firmado por Francisco Bocher fué sacado de un armario donde el señor de Sery lo guardaba demasiado religiosamente, y colocado sobre la chimenea.

Lustrinas de variado dibujo tapizaron las paredes, y la misma sirvió para los cortinajes y cubrió enteramente la madera de los sillones y de la cama.

Un espejo y una preciosa araña de Venecia;

Un reloj de bronce de encantador medelo;

Dos muebles de Carlos Boule;

Un excelente retrato de Larguilliere, representando á una abuela del señor de Sery, famosa en la corte de Luis XV por su belleza.

Acabaron de decorar aquella estancia, que pudieran creerse preparada por una mujer ardiente para recibir á su idolatrado amante.

Al mismo tiempo, varios de esos grandes cofres de madera esculpida, que todavía se observan hoy en ciertas regiones de la Bretaña, unos cuantos armarios y mesas de ébano incrustadas de marfil, y algunos antiguos sillones Luis XVI, artísticamente restaurados, sirvieron para amueblar las restantes piezas del castillo.

En el exterior hubo de restablecerse sobre la puerta de honor el escudo feudal, que habia caido desde largo tiempo antes, y todas las veletas flordelisadas que el viento habia desparramado acá y acullá.

Los jardineros recibieron orden de dibujar de nuevo los *parterres*, sepultados bajo de la yerba; de limpiar los fosos, respetando en lo posible las plantas enredaderas que los tapizaban, y de hacer indispensable rozas en el parque, que corria peligro de convertirse en un bosque virgen.

La nueva castellana creyó deber suprimir tambien el puente fijo echado sobre los fosos, y reemplazarlo por el antiguo puente levadizo, cuya cadena y demás herramientas se encontraron sin dificultad.

Finalmente, dignóse ocuparse del antiguo torreón, y sin quitar nada de su característico sello á aquel recuerdo feudal, procuró sacar partido de él, haciendo reconstruir la escalera interior, desmoronada desde hacia un siglo, y solidificar la plataforma de la que, desde entonces, pudo gozarse de un panorama espléndido: en primer término, al extremo de la pradera, el

gran Carnet, el pequeño Carnet y la Marechale, isletas deshabitadas, bordadas de cañaverales y encuadradas en los brazos del Loire; en frente, á mas de dos leguas, Dogues y toda la ribera izquierda del rio perdiéndose en las brumas; á la izquierda Saint-Nazaire y el Océano.

Ningun arquitecto habia entrado en la Sauviniere.

Los oficiosos consejeros habian sido escludidos.

Sola, ella, habia concebido estos trabajos y sí los habia hecho ejecutar.

El deseo de hermosear esta propiedad, y alguna esperanza secreta de su corazón, habian sido mas que suficientes para hacer de una mujer, solamente inteligente hasta entonces, una verdadera artista.

El señor de Sery permanecia en éxtasis ante ella.

La aprobaba y la admiraba en todo.

Lejos de quejarse de sus dispendios, los fomentaba: «feliz, decia él, de poder utilizar sus rentas de tantos años acumuladas.»

Ocurrióse á Diana decorar con algunos cuadros modernos un saloncito del piso bajo, y de Sery disponíase á escribir á París para hacerse enviar lienzos firmados por los primeros maestros contemporáneos, cuando ella le detuvo y le designó artistas mas modestos, pero de talento incontestable, cuyas obras habia admirado en la última exposicion: Leon Flahaut, paisagista distinguido, discípulo de Corot; Ernesto Journault que ha realizado con su maestro Gerome, un viaje á Palestina, trayendo de aquel país excelentes estudios; Pinelli, pintor de género, cuyos últimos cuadros: *La leccion de lectura*, y *Un interior de la Bolsa de Perusa* han sido muy celebrados.

Ella no opinaba que debiese de comprar un lienzo, aunque llevara la firma de Delacroix, sin haberlo visto previamente, y preferia á algunas glorias brillantes, personalidades menos conocidas del vulgo, pero que ella habia aprendido á estimar en su valor.

—¡Sea como gustéis! decía el señor de Sery; satisfechos quedarán vuestros deseos, mi querida Diana; pero tengo que haceros un gravísimo reproche.

—¿Cuál, Dios mio?

—De algun tiempo acá, os volveis muy ahorradora; pareceis sentir los gastos, indispensables sin embargo, que habeis hecho en nuestra morada. Decid, sino: vuestro dormitorio, que es un modelo de gusto y elegancia ¿para qué os sirve? En vez de habitarlo, preferís estar siempre metida en una pieza donde hicisteis traer vuestros muebles de Nantes.

—Es mi mueblaje de soltera, no habéis mal de él.

—¡Guárdeme Dios! pero ¿cuándo habitareis vuestra nueva cámara?

—Cuando esté completa.

—¿Le falta algo, por ventura?

—Cierto que sí.

—Desginádmelo, y os lo procuraré.

—No podríais; prefiero esperar.

—Y esa biblioteca que os propusisteis formar, ha quedado sin acabar. No se ve en ella ni una sola de nuestras novelas modernas.

—Yo no leo novelas; las hago. Esto me basta.

—Cuando menos, hubierais debido mandar encuadernar mas ricamente las obras de ciencia y derecho que habeis comprado. Quisiera que cada volumen llevase el escudo de vuestras armas.

—Pues quereis mal. Si esos libros cambiasen de propietario, la encuadernacion seria cosa perdida.

—¿Por qué habrian de cambiar de dueño? ¿estamos, por desgracia, amenazados de venderlos un dia?

—¡Quién sabe lo que puede suceder!

Al par que combatia tan elevada cordura, creíase de Sery obligado á admirarla, y decíase incesantemente:

«Mis amigos de Nantes me reprochan el haberme casado, á mi edad, con una mujer demasiado jóven.

«¡Ah! si la conociesen; si supiesen cuán buen criterio y cuanta sensatez hay en ella.»

Una sola persona, en la Sauviniere, parecia no compartir la admiracion del señor de Sery.

Era la tal un bello mozo de veinte y cinco años escasos, de estatura regular, ancho de espaldas y sólidamente constituido.

Sus cabellos espesos y cortados al rape, su vigote y su barba, que dejaba crecer, negros eran como el azabache.

Tenia sonrosada la tez, los ojos vivos, bellos los dientes, la nariz algo dura, el cuello muy grueso, la frente estrecha y los maxilares en extremo pronunciados.

Vestia, comunmente, un traje, mitad campesino, mitad paisano; una especie de chupa de caza, de terciopelo de algodón, con botones de metal; pantalon y chaleco de igual tela, polainas de cuero, y en la cabeza un hongo de fieltro negro, que no tenia analogía ninguna con el sombrero breton.

Veíasele, escopeta al hombro, en la boca una pipa, y seguido de un magnífico perro de presa, recorrer los parterres, la pradera, ó los bosques.

Era el intendente, el factotum, el colono jefe, el guarda general, en una palabra: era Lamí, el bello Lamí, como le llamaban las muchachas del lugar, ó el señor Lamí, como se hacia llamar él mismo.

Habiéndose arruinado su padre, labrador de las cercanías, por haberse querido enriquecer con demasiada rapidez, habíase visto el hijo Lamí, á la edad de veinte años y á pesar de un semblante de educacion recibida en Paimbœuf, habíase visto decimos, amenazado, de sopeton, de hacerse operario ó de procurarse un acomodo para no morir de hambre.

Por su dicha, ocurriósele la idea de ir á encontrar al señor de Sery, cuyas benevolencia y bondad eran apreciadas en todo

aquel contorno, y despues de haberle manifestado su precaria situacion, pidióle un destino cualquiera, donde poder utilizar sus escasos conocimientos.

Sintiéndose el castellano de la Sauviniere algo enfermo ya en aquel entonces, y no teniendo fuerzas ni gusto para hacer valer sus tierras, consintió en tomar á prueba á Lamí.

No tardó en encontrar, en este jóven, inteligencia, actividad, firmeza necesaria para defender los intereses que le estaban confiados y una honradez intachable en todos los asuntos de dinero.

Así, pues, al cabo de dos años, hábale de Sery endosado la enojosa tarea que dá la administracion de una gran heredad.

Siempre solo en el castillo, habia llegado insensiblemente hasta á olvidar la distancia que le separaba de su intendente y á tratarle como camarada.

Hábale autorizado, para tenerle mas á mano y porque se sentia mas en seguridad con él en su vasta mansion, á venir á habitar un aposento del piso bajo, en el ala izquierda del castillo.

Despues de haberse, tambien, limitado, durante los primeros años, de vez en cuando, á invitarle á comer, recibíale cotidianamente á su mesa, y hacia de él su compañero asíduo.

Esta benevolencia, afirmando la posicion de Lamí ante los colonos de las cercanías, le habia prestado una autoridad sumamente provechosa á los intereses del señor de Sery; pero tambien habia desarrollado desmesuradamente la escesiva vanidad de aquel jóven.

Infatuado ya de su persona por algunas conquistas fáciles conseguidas en el campo y en la pequeña ciudadanía de Paimbœuf, Lamí se habia engraido sobre sus méritos intelectuales y les atribuía su inesperada posicion.

Tal vez habia llegado hasta creerse el único propietario del castillo.

Y ¿por qué nó?

¿No lo habitaba, sólo, durante la mayor parte del año, desde que el señor de Sery pasaba, por causa de salud, todos sus inviernos en el Mediodía?

¿No tenia poderes amplos para hacer y deshacer los arriendos, para vender las cosechas, para firmar un sinnúmero de documentos en ausencia de su señor?

Y este, á su vuelta ¿no pedia consejo, en todo, á su intendente?

¿Se permitia, quiza, comprar un bosque, vender un prado, sin haberle consultado préviamente?

En una palabra: Lamí disfrutaba de la Sauviniere, como si realmente le perteneciera.

Vivia allí en una habitacion confortativa.

Cazaba en la propiedad;

Comia su venado, sus legumbres;

Bebia su vino;

Servíanle los criados de la casa;

Montaba los caballos del señor de Sery.

Y si no se tragaba las rentas de la heredad, era porque, bien comido, bien albergado, bien alumbrado, bien paseado en coche, costeados sus gastos todos, cobrando honorarios considerables hubiérase visto apuradísimo para encontrar en qué emplear su dinero.

Fácil es de imaginar el pésimo efecto que el matrimonio del señor de Sery debió producir en el alma de Lamí.

¡Cómo se entiende!

Haberse tomado la libertad de casarse, sin consultar primero su opinion.

¡Haber traído á la Sauviniere á una tercera persona, sin pedirle su parecer!

Disminuir su posicion de comensal, esperando á que sin duda se disminyera su situacion de intendente!

¡Dar un ama á quien se habia manumitido de la autoridad del amo!

Crearse una nueva familia cuando él, Lamí, habia llegado á preguntarse á veces, si no era el mismo hijo de la casa, único heredero del castellano!

Aun si el señor de Sery se hubiese casado con una jóven tímida, afable, acomodaticia, únicamente ocupada de tareas domésticas, tal vez Lamí se habria consolado.

Pero, desde la llegada de Diana á la Sauviniere, el intendente comprendió que no tenia que habérselas con una colegiala, sino que se hallaba en presencia de una mujer en toda la estension de la palabra.

Ocho dias hacia apenas que habitaba en el castillo, y ya lo habia trastornado todo.

Ordenaba, cortaba, construia, derribaba, sin parecer apercebirse de su presencia.

¡Y aquel marido!

Un marido que la dejaba obrar á su antojo, que parecia ante ella un punto de admiracion, que tambien desconocia los derechos de su intendente y que no se dignaba recordárselos á su mujer.

¡Vaya! ¡aquello pasaba de raya!

Habia para morir de vergüenza ó de rabia, á menos de dimitir, cuanto antes, de sus funciones.

¡Cosa estraña, sin embargo y de la que se asombraron las personas quienes, en relaciones constantes con el intendente, conocian su carácter intratable, altanero, envidioso y brutal!

Lamí despues de haberse quejado á quien queria oírle, del casamiento de su señor, despues de haberse declarado, en todo el país, enemigo acérrimo de la señora de Sery, y de haber anunciado por do quier que iba á presentar sus cuentas, Lamí, repetimos, se habia amansado paulatinamente, hablaba de la nueva castellana con mas atencion, y conservaba su cargo.

Acabóse por atribuir este cambio al encanto ejercido por Diana en todos cuantos tuvieron ocasion de tratar con ella durante el primer año de su permanencia en la Sauviniere.

Colonos, sirvientes, operarios de toda clase, proveedores, mendigos, vecinos, entonaban sus alabanzas.

Era imposible, decian, que hubiese mujer mas cortés, mas afable, mas graciosa, mas caritativa que la bella castellana.

Estas alabanzas, hay que convenir en ello, no eran escusivas, y el matrimonio redundaba en gran provecho para la señorita Berard.

Su belleza florecia mas y mas, respirando los aires puros, en aquel parque, en aquel castillo, en el seno de todo aquel lujo de que habia sabido rodearse.

Aquel era perfectamente el cuadro que convenia á tan hermosa jóven confinada, durante luengos años, en aposentos reducidos, donde apenas podia arrastrar la cola de su vestido, servida por una sola doncella, obligada á economizar en todo, y á ocuparse en los mas insignificantes detalles domésticos.

Éranle menester aposentos de elevado techo, parterres sembrados de flores, altas arboledas, espesas olmedillas, bellos horizontes, sirvientes solícitos, muebles antiguos, telas de seda, cuadros, estátuas, obras de arte, una vida fácil y oro á manos llenas.

Todo esto lo habia encontrado, y, sonriendo á un porvenir mas dulce todavía, aspiraba la vida en la radiante atmósfera de que se habia circuido.

Hubierais podido compararla á alguna bella planta tropical, próxima á marchitarse bajo un cielo brumoso á pesar de su vigor y de su savia.....

Trasportadla á pleno sol y á plena luz, y no tarda en abrir y en encantar los ojos.

Y como si esta exuberancia de vida, esta expansion debiesen comunicar vivificante calor á todo cuanto la rodeaba, iluminar